

LA COMUNIÓN ECLESIAL

CARISMAS FUNDACIONALES EN Y PARA LA COMUNIÓN

Antonio Botana, fsc

1. NUEVAS COORDENADAS PARA UN NUEVO ECOSISTEMA

“La comunión eclesial”, como título de esta ponencia, probablemente sea demasiado pretencioso para lo que podemos decir en el tiempo disponible y para lo que realmente puede sernos útil en vistas a la reflexión de este encuentro. Justamente este último criterio es el que me ha guiado a la hora de optar por unos contenidos y dejar otros, después de lo cual añadí el subtítulo: “CARISMAS FUNDACIONALES EN Y PARA LA COMUNIÓN”.

De todas formas, el título inicial nos señala el marco global en el que hemos de situarnos y en el que están las claves o puntos de referencia para toda nuestra reflexión y acción. Me gusta referirme a ese marco vital con la imagen del “ecosistema”. Porque, efectivamente, se trata de un ecosistema formado por el conjunto de seres vivos que componen hoy la Iglesia y que desarrollan entre sí un tipo de relaciones que conocemos como “*comunión para la misión*”. Para acertar en el camino que debemos seguir hemos de familiarizarnos con el paisaje y el terreno en el que ha de transcurrir el viaje. Hemos de entrar en armonía con el ecosistema en donde se desarrollará nuestra aventura, sentirnos a gusto en su interior, pertenecerle.

La clave definitoria de un ecosistema no viene dada por el número o tipo de seres vivos que lo componen, sino por las relaciones existentes entre ellos. Las nuevas relaciones en la Iglesia-Comunión se establecen sobre lo que une, no sobre lo que separa. La misión, que es común a todos, llama a la comunión. El Dueño de la viña nos llama a todos a trabajar en ella. Desde esta perspectiva determinante marcada por la misión común, ya no son motivos de separación las diferencias que provienen de cada vocación personal o de los dones que cada uno posee, o de los modos de servicio a la misión, o de la pertenencia a instituciones diversas, sino que se valoran como riqueza para el conjunto en la *misión compartida*.

La dinámica interna que mueve este ecosistema eclesial nace con la conciencia que la Iglesia ha adquirido de su propia identidad a partir del Concilio Vaticano II, revelada primeramente como “*Pueblo de Dios*”, y desarrollada a continuación como “*misterio de comunión*” y “*comunión de comunidades*”.

Comunión y misión forman conjuntamente el ambiente vital que reúne a todos los fieles en la Iglesia “*Pueblo de Dios*”. *Misión y comunión* son los dos ejes de la fe cristiana; nos permiten entender, o más bien, introducirnos en la identidad o misterio de la Iglesia. La reflexión eclesial en los años que han seguido al Concilio Vaticano II ha sido una profundización en espiral a partir de estos dos ejes para poner de manifiesto la identidad de la Iglesia y de sus fieles: “*La comunión y la misión están profundamente unidas entre sí, se compenetran y se implican mutuamente, hasta tal punto que la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión.*” (ChL 32.4).

La misión nos precede a todos, la misión es quien nos convoca, por ella nos reunimos en Iglesia, es ella la que ha motivado las diferentes congregaciones, y es ella la que hoy está motivando la formación de las nuevas Familias carismáticas o evangélicas. Si hoy hablamos de una nueva forma de *comunión*, de nuevas relaciones entre los que formamos la Iglesia, es,

en definitiva, porque se ha establecido una nueva referencia a la misión por parte de esos mismos componentes de la Iglesia (o, si se prefiere, porque la Iglesia ha adquirido un nuevo nivel de conciencia respecto de la misión).

Y ya que hablamos de *ejes* sobre los que se tejen las relaciones en el nuevo ecosistema, hablemos también de los *puntos cardinales* que nos orientan:

1°. El primero es la centralidad de Cristo. Toda la Iglesia está en torno a Cristo. Toda comunidad cristiana, toda institución eclesial, tiene a Cristo por centro.

2°. Y con Cristo, su mensaje, que es el Reino de Dios, y que se manifiesta especialmente en la persona de Cristo, Hijo de Dios e Hijo del hombre (LG 5): el Reino de Dios ha de ser también la tarea a la que ha de dedicarse la Iglesia; es el horizonte hacia el que debe caminar.

Cristo y su mensaje, el Reino de Dios, se constituyen en el auténtico centro sobre el que gira toda la Iglesia y su actividad. No es la Iglesia el centro, ni puede ella identificarse, como lo ha hecho en otras épocas, con el Reino de Dios, como si fueran equivalentes. Es un cambio de centro y de horizonte en toda la perspectiva de la evangelización.

3°. El cambio de centro ha traído consigo una revalorización del Bautismo, que deja de ser un simple rito sociológico de entrada en la Iglesia y condición de salvación, para recuperar su sentido original de participación en el Misterio pascual de Cristo y compromiso de participación en la construcción del Reino de Dios en la historia; y con ello, la entrada en el nuevo Pueblo de Dios. Pero esta entrada no se parece tanto a una tarjeta que indica la pertenencia a un grupo, sino que se trata más bien de un dinamismo vital que introduce, cada vez más, en el Cuerpo de Cristo, en su Misterio.

El Bautismo es la consagración fundamental del cristiano, y toda otra consagración debe referirse a ella como desarrollo de la misma.

4°. Finalmente, el protagonismo del Espíritu Santo en toda la misión eclesial (*Redemptoris missio* 21). Él es quien actúa en nosotros y por medio de nosotros desarrollando la obra salvadora basada en el misterio pascual de Jesús. El Espíritu es el Don que ha sido dado a la Iglesia para su misión. Pero al mismo tiempo es el Ser libre por excelencia; su presencia y acción son universales, sin límite alguno; no se detiene ante las fronteras de la Iglesia institucional, actúa en el corazón del hombre mediante las “*semillas de la Palabra*” (*Ad gentes*, 3.11.15; *Redemptoris missio* 28).

2. LOS CARISMAS FUNDACIONALES

No es casual que sea en este ecosistema de comunión y con los puntos cardinales que lo orientan, donde se ha comenzado a desarrollar la reflexión eclesial en torno a los carismas fundacionales y toda la dinámica relacional que promueven en la Iglesia. Es consecuencia y aplicación del protagonismo reconocido al Espíritu Santo sobre la misión eclesial, el Reino de Dios, y el carácter absolutamente central del misterio de Cristo y del Bautismo como participación en dicho misterio. Es una reflexión que está aún, posiblemente, en su fase inicial de desarrollo, pero nos aporta ya una base sólida para comprender la evolución que se está produciendo en la Iglesia en lo que se refiere a las instituciones de vida consagrada entre sí y de ellas con los demás cristianos.

Veamos los datos esenciales de esta reflexión, para el tema que hoy nos interesa:

Como bien sabemos, en el lenguaje del Nuevo Testamento, *carisma* es un “*don divino*” concedido a una persona para el bien de la comunidad. En último término, no hay más que un “*Carisma*” dado a los hombres, que es el Espíritu Santo. Su presencia en nosotros se manifiesta como una gran fuerza, un dinamismo que va haciendo realidad el Reino de Dios entre los hombres.

Los carismas son los dones que ayudan a la Iglesia a ser fiel a su razón de ser, es decir, a servir a la misión, a evangelizar. Cada carisma es una respuesta a “¿cómo evangelizar?”. Los grandes carismas aportan una respuesta que quiere ser integral: ofrecen una perspectiva global del Evangelio, un modo global de entender la vida desde el Evangelio.

Es así como llegamos al concepto de “*carisma fundacional*”: un carisma global, que no se refiere sólo a un particular modo de *ejercer* la misión, sino de *vivir* la misión, de *ser* evangelizador, de *experimentar la comunión para la misión*, y, en definitiva, de vivir el *Misterio de Comunión* que es el Misterio del Dios-Trinidad en la Iglesia.

Los carismas fundacionales son *camino para vivir el Evangelio*, y vivirlo como la Iglesia en la tensión de los dos polos: *evangelizar y ser evangelizado* (EN 15).

El carisma (o experiencia del Espíritu) une en un mismo movimiento la lectura comprometida de la realidad, que deja herido el corazón, y la lectura de la Palabra de Dios, que ilumina lo que sucede en el corazón. El carisma da una clave de lectura del Evangelio que conduce al beneficiado a experimentar en sí, unificadamente, la consagración y el envío a la misión; se descubre a sí mismo/a mediador/a de la salvación de Dios, y se despierta en él o ella la conciencia de que esa experiencia carismática de estar poseído por el Espíritu y de ser enviado para hacer realidad el Reino de Dios *se está cumpliendo hoy en su persona* (Lc 4,21).

De igual manera, los carismas fundacionales podemos definirlos como *camino de configuración con Cristo*. Cada carisma fundacional representa la atracción hacia Cristo a través, especialmente, de uno de sus misterios. Dicho de otra forma: el carisma proyecta una luz nueva sobre el misterio de Cristo, desde una perspectiva particular. También en este caso el carisma asume una tensión generadora de vida: se trata de representar *el rostro de Cristo* para la Iglesia y la sociedad desde esa perspectiva o misterio particular, e identificarse internamente con él, según la experiencia de Pablo: “*Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí*” (Gál 2,20).

Y la configuración con Cristo va de la mano con la construcción del Reino de Dios: construirlo y dejarse moldear por él, siempre desde la perspectiva o misterio que el carisma privilegia.

En cuanto carisma “global” tiende a armonizarse con muchos otros carismas particulares que facilitan su encarnación en la realidad, en las diversas formas de vida cristiana y de la cultura humana, y lo enriquecen con múltiples posibilidades para dar una respuesta más eficaz a las necesidades concretas de la misión. Ésta es, justamente, una propiedad esencial al carisma fundacional: la de atraer muchos creyentes que sintonizan en ese mismo carisma. Juntos encarnan el carisma. El carisma adquiere su mejor expresión, no en cada uno por separado, sino en el conjunto de los que lo viven. Cada carisma fundacional promueve, de un modo particular, la *comunión para la misión* que representa la Iglesia misma.

Cada carisma fundacional es, pues, una visión global¹, pero al mismo tiempo parcial, del Evangelio, de Cristo, del Reino de Dios. Desde esta conciencia de limitación, el carisma fundacional es también un puente de encuentro con otros carismas que, de igual forma, se refieren a Cristo, al Evangelio, al Reino de Dios. Les ofrece su luz particular y se deja iluminar por ellos.

3. EL DINAMISMO DE LOS CARISMAS FUNDACIONALES EN LA IGLESIA-COMUNIÓN

3.1. La recuperación de los carismas fundacionales para el tesoro común

Los carismas fundacionales, cuando estaban encerrados en las estructuras institucionales de la vida religiosa, no podían desplegar todas sus potencialidades. En cuanto se empieza a configurar el nuevo paisaje ecológico característico de la Iglesia-Comunión (ejes y puntos cardinales a los que nos hemos referido), los carismas fundacionales son reclamados para el tesoro común de la Iglesia. A partir de ahí sus potencialidades comienzan a desplegarse de un modo nuevo que traerá nuevos frutos.

La reclamación es hecha de manera muy directa en el año 2002 por el documento “*Caminar desde Cristo*”, de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada: “*Hoy se descubre cada vez más el hecho de que los carismas de los fundadores y de las fundadoras, habiendo surgido para el bien de todos, deben ser de nuevo puestos en el centro de la misma Iglesia, abiertos a la comunión y a la participación de todos los miembros del Pueblo de Dios*” (n. 31).

“*Ponerlos en el centro*” significa situarlos en relación a los sacramentos de la Iniciación cristiana, fuentes de toda vida cristiana y origen de la común llamada a la santidad, como también de la igual dignidad de todos los miembros de la Iglesia. De esas fuentes nacen los ríos que son los grandes carismas a los que aquí nos referimos como “carismas fundacionales”, ríos que son producidos por el Espíritu y permiten vivir el misterio de Cristo en su gran riqueza y, simultáneamente, en la comunión de la gran variedad de las identidades eclesiales.

Estos ríos se despliegan por toda la faz de la Iglesia y más allá de ella misma, pues están, como ella, en función del Reino de Dios. En ellos la vida se hace fecunda. Cada uno de ellos representa, ante todo, la vida cristiana, el misterio salvador de Cristo, la buena nueva del Evangelio. Pero cada uno de ellos lleva su sabor, la virtualidad característica puesta en él por el Espíritu que lo ha hecho nacer.

3.2. Los dos vectores del dinamismo carismático

Como vemos, estamos haciendo una aproximación “holística” o global para comprender la naturaleza del carisma fundacional y su actuación en la Iglesia. Parece la consecuencia lógica de asumir el protagonismo del Espíritu Santo en toda la acción evangelizadora de la Iglesia, y no sólo en aspectos parciales de la misma; así como también el reconocer que el carisma fundacional, cuando entra en una persona, afecta a toda su vida, a su

¹ Diferente de “total”. El misterio de Cristo nos supera a todos, y sólo llegamos a él por visiones parciales, aunque sean “panorámicas”, pues éstas siempre están consideradas desde un ángulo o misterio particular.

modo de relación con Dios y con su Reino, a su identidad en la Iglesia, a sus opciones de vida y su modo de integrarse en la sociedad.

Desde esta comprensión “holística” o global del carisma fundacional podemos referirnos, en sentido analógico, a dos componentes dinámicos del mismo carisma (aunque algunos prefieren hablar de carismas diferentes); dos vectores que despliegan el carisma en dos planos o campos de fuerza, horizontal y vertical; la combinación de los dos nos daría el espacio o “volumen carismático”:

- En el plano horizontal nos referimos al vector “comunidad”: el carisma como promotor de comunión para la misión eclesial;
- En el plano vertical nos referimos al vector “profético”: el carisma como promotor de la dimensión profética eclesial.

Ninguno de los dos vectores se desarrolla con independencia del otro. Se necesitan mutuamente, se complementan y se reclaman el uno al otro. Pero también es cierto que, en la práctica, el carisma fundacional puede adoptar uno de los planos, con olvido o reducción del otro, perdiendo (disminuyendo) de esta forma su espacio o “volumen carismático”. Esto es posible porque, al fin y al cabo, el desarrollo de los carismas está sometido en gran parte a la voluntad humana, a las circunstancias históricas, al modelo eclesial vigente... De esto saben mucho los fundadores y fundadoras, que cuando han intentado desarrollar el carisma según les iluminaba el Espíritu se han encontrado con el rechazo social o la incompreensión de los representantes eclesiales.

Lo que sí es cierto es que un carisma fundacional no habrá alcanzado su plena potencialidad mientras no esté desarrollándose armónicamente en los dos campos de fuerza señalados por ambos vectores. Veamos lo que esto significa hoy para nosotros, los frutos a que da lugar el desarrollo de cada uno de esos dos vectores, en la medida en que es ayudado subsidiariamente del otro.

3.3. Las Familias carismáticas, iconos de la Iglesia-Comunidad

No cabe duda que el modelo de Iglesia-Comunidad, recuperado por el Concilio Vaticano II, facilita enormemente que los carismas fundacionales puedan expansionarse en el plano de la comunión; el fruto correspondiente son las nuevas Familias carismáticas.

El carisma fundacional promueve el campo de fuerza dentro del cual se tejen las relaciones entre los miembros de esta familia carismática que poco a poco se va formando y entre los grupos que la componen. El carisma es también como la sangre de familia, o dicho con más propiedad, el espíritu que da vida a la familia y a sus miembros. Es el puente que permite el encuentro, la raíz de las relaciones mutuas, el eslabón que une y diversifica las identidades.

Estas *Familias* se están comenzando a llamar también *Familias evangélicas*, y eso es ya una señal de que el carisma desarrolla en ellas el vector que hemos llamado “profético”. Cada una de estas familias representa para la Iglesia y la sociedad *un rostro del Evangelio*, que subraya de manera armónica determinadas actitudes de Jesús, determinados valores del Reino, una forma de mediación de la salvación de Dios...

Cada miembro de la Familia carismática asume ese “*rostro del Evangelio*” que caracteriza a su Familia como el icono particular que da sentido a su vida y orienta sus

esfuerzos en la *configuración con Cristo*. Se concreta en diversos *proyectos existenciales* en las correspondientes comunidades eclesiales que componen la Familia carismática. Cada proyecto existencial, con sus dimensiones eclesial y social, da cauce a los diversos carismas personales e intenta encarnar en diversas formas de vida cristiana el carisma fundacional.

La Familia entera asume el papel de mostrar y recordar ese rostro del Evangelio - rostro de Cristo- a la Iglesia y a la sociedad, un papel que antes estaba prácticamente reservado al instituto religioso respectivo. El vector profético entra así en juego y se conjuga con el vector comunión. Sin el dinamismo que aquél aporta a éste el resultado puede ser una Familia carismática “plana”, con variedad de proyectos, sí, pero cada uno de ellos perfectamente prescindible porque no tiene ninguna riqueza especial que ofrecer al conjunto y, en definitiva, a la misión que justifica la existencia de esta Familia en la Iglesia. Este es un riesgo que conviene tener bajo vigilancia, pues el afán que hoy tenemos por promover las Familias carismáticas puede llevar consigo el olvido de la dimensión profética que dará espacio y volumen a la Familia.

El vector profético suscita especialmente signos comunitarios, signos institucionales que llaman fuertemente la atención y tiran del conjunto a favor de valores fundamentales de la misión. La vida consagrada es, sin duda, uno de esos signos proféticos. Las comunidades de seglares o mixtas que han optado por un proyecto comunitario exigente de vida compartida, son otro de esos signos proféticos. Los proyectos de misión a favor de gente especialmente necesitada o que exigen una especial disponibilidad y gratuidad, son también signos proféticos que dan vida a la Familia carismática.

Veamos, pues, que la Familia carismática no reemplaza el papel profético del instituto de vida consagrada correspondiente; más bien lo refuerza, lo amplifica y, sobre todo, lo hace más completo y creíble, porque lo representa vivido en diferentes formas de vida y situaciones; y, además, lo “encuadra” en la comunión de las diversas vocaciones eclesiales.

Es muy importante cultivar la conciencia en todos los miembros de la Familia carismática sobre la necesidad de que el vector profético se desarrolle ampliamente en la Familia, de tal forma que todos se sientan responsables de promoverlo, y de implicarse en una pastoral vocacional que invita a asumir proyectos de vida que encarnan especialmente esa dimensión.

Cada grupo o comunidad perteneciente a la Familia tiene su fundamento y su fuente de vida en el mismo rostro evangélico, que intenta acoger como un don y ser su reflejo para la sociedad. Los “estados de vida” -religiosos/as, seglares- pasan a segundo término, en el interior de la Familia evangélica. Ya no son ellos los que definen la separación o distinción de grupos, ni son el criterio definitivo de agrupación de los individuos en comunidades. De hecho, y aunque se mantengan las instituciones oficiales según las clasificaciones canónicas (institutos religiosos, asociaciones laicales...), la Familia evangélica comunica a todas ellas en su interior cierta elasticidad y permeabilidad a partir del común rostro evangélico y la misión común de la Familia, de tal forma que los miembros de las diversas agrupaciones que la integran pueden llegar a participar, no sólo en proyectos comunes para la misión, sino en comunidades de vida.

Y es aquí donde el vector profético del carisma marca la diferencia. Es la llamada a vivir con más radicalidad y de modo significativo la comunión para la misión. Esta llamada profética, que tradicionalmente se relacionaba con la vida religiosa, se recibe también en otras

formas estables de vida y puede ser respondida en nuevas estructuras de comunión que la Familia carismática hace posibles. La diferenciación, que siempre es riqueza, ya no viene por la separación de lugares y funciones (más “pastorales” o más “profanas”, más “eclesiales” o más “sociales y mundanas”), pues de todos ellos se hace cargo la Familia evangélica, sino por la aportación que cada uno hace desde su modo de ser discípulo.

Esta experiencia de *comunión para la misión* vivida en la Familia evangélica convierte a ésta en un icono de la Iglesia-Comunión. Se puede decir que es el resultado de haber asumido el reto lanzado por Juan Pablo II a toda la Iglesia para el nuevo milenio que hemos comenzado: “*Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión*” (*Novo millennio ineunte*, 43), y hacerlo desde el eje dinámico del carisma fundacional.

Cada Familia evangélica está llamada a convertirse en un poderoso agente de comunión en la Iglesia y en la sociedad. El dinamismo de comunión en cada Familia ha de llevar a sus componentes a buscar y producir cauces de encuentro, no sólo en su interior, sino hacia el exterior de la Familia, con otras Familias, con otros grupos eclesiales y sociales, en relación con la misión que tiene encomendada. Tal vez una de las tareas pendientes en muchos casos (y vuelvo aquí con el símil del río aplicado a los carismas fundacionales) es el identificar los grandes ríos de los que venimos y de los que nuestros fundadores/as inmediatos son deudores, así como los ríos que se han derivado del nuestro. A menudo se ha cortado la comunicación con el gran río del que se ha nacido, y recíprocamente. Llega el tiempo de recuperar los lazos perdidos y revitalizarse mutuamente.

3.4. La inter-congregacionalidad. Vivir el profetismo en comunión.

El desarrollo del segundo componente (el “vector profético”) es el que ha dado lugar a la existencia de las congregaciones religiosas o sociedades de vida consagrada. El carisma tomaba cuerpo en la Iglesia y aseguraba su pervivencia en el tiempo a través de las formas de vida consagrada, la cual, por constituirse de comunidades *intencionales* y por su propia institucionalización en la Iglesia, ofrece las mejores condiciones para garantizar la continuidad de un carisma. El modelo de Iglesia vigente en el momento de comenzar a desarrollarse el carisma no facilitó, y en muchos casos obstaculizó el que la dimensión profética creciera en armonía con la dimensión de comunión, y el carisma pudiera vivirse en la Iglesia entre diversos proyectos de vida.

Actualmente la conjunción de estos dos vectores carismáticos señala una doble dirección a nuestra vida consagrada: una apunta a la Familia evangélica en la que hemos de vivir nuestra dimensión profética. Nuestra implicación en la misión eclesial no puede ser como antes, sino en comunión con los demás participantes en el carisma, y ofreciendo al conjunto lo específico de nuestro proyecto de vida.

La otra dirección apunta a las otras congregaciones, otras formas de vida consagrada, que desde otros carismas intentan desarrollar también la dimensión profética eclesial. Cada una de ellas ha vivido tradicionalmente su propio carisma al margen de las otras. Cada una ha dado su propia aportación a la misión eclesial sin pensar que tal aportación se podía complementar o reforzar o, simplemente, armonizar, con las aportaciones de los demás grupos eclesiales, los otros grupos proféticos. Llega el tiempo de ahondar en este campo. En muchos casos, son las propias circunstancias de necesidad real las que fuerzan a la comunión, como ha sucedido en el compartir la misión y el carisma con los seculares. Hay que reconocer

esa necesidad, pero hay que ir más allá, a dejarse impulsar por el vector “comunidad” que lleva en sí el propio carisma.

El mismo documento vaticano que citábamos antes, “*Caminar desde Cristo*”, nos impulsa a avanzar en esta dirección:

“La comunidad que los consagrados y consagradas están llamados a vivir va más allá de la familia religiosa o del propio Instituto. Abriéndose a la comunidad con los otros Institutos y las otras formas de consagración, pueden dilatar la comunidad, descubrir las raíces comunes evangélicas y juntos acoger con mayor claridad la belleza de la propia identidad en la variedad carismática, como sarmientos de la única vid. ...

Se debe favorecer el encuentro y la solidaridad entre los Institutos de vida consagrada, conscientes de que la comunidad está estrechamente unida a la capacidad de la comunidad cristiana para acoger todos los dones del Espíritu. ...

Puede ser el comienzo de una búsqueda solidaria de caminos comunes para el servicio de la Iglesia. ...

No se puede afrontar el futuro en dispersión. Es la necesidad de ser Iglesia, de vivir juntos la aventura del Espíritu y del seguimiento de Cristo, de comunicar las experiencias del Evangelio, aprendiendo a amar la comunidad y la familia religiosa del otro como la propia. ...”

A continuación anima a desarrollar el diálogo y la comunidad entre las antiguas y las nuevas formas de vida evangélica, y también con los nuevos movimientos eclesiales. Y termina dando la razón definitiva de esta comunidad:

“Se trata de carismas nacidos del impulso del mismo Espíritu, ordenados a la plenitud de la vida evangélica en el mundo, llamados a realizar juntos el mismo proyecto de Dios para la salvación de la humanidad. La espiritualidad de comunidad se realiza precisamente también en este amplio diálogo de la fraternidad evangélica entre todos los miembros del Pueblo de Dios.” (n. 30)

Hay muchas expresiones de comunidad que ya se vienen realizando y que habrán de aumentar. Es fácil reconocerlas: en formación conjunta, tanto inicial como permanente, en solidaridad económica, en animación de obras comunes, en colaboración para la reflexión sobre misión y espiritualidad, etc. Recientemente comienzan algunas comunidades inter-congregacionales en respuesta a necesidades concretas de la misión...

Me fijaré ahora en algunas líneas de aproximación que miran más a la ayuda mutua en la clarificación de la identidad de nuestra dimensión profética en la Iglesia, según la propuesta que hacía el documento que acabamos de citar:

- 1ª. Necesitamos abrirnos unos a otros y dejarnos impresionar por los signos proféticos que marcan nuestros respectivos carismas, sabiendo que nada es exclusivo sino sólo significativo, y lo que un instituto resalta especialmente es siempre una llamada de atención para todos los demás. Por ejemplo, los institutos que vulgarmente se conocen como “de vida activa” necesitan el contacto con los institutos u órdenes monacales para vivificar (y frecuentemente recuperar) la dimensión monástica que corresponde a toda la vida consagrada, pero que los monjes y monjas viven de modo especialmente significativo: la búsqueda de Dios, la dedicación a las últimas cuestiones de la vida, la manera de afrontar las situaciones límites de la vida, el trato frecuente y familiar con la Palabra de Dios...

- 2ª. Necesitamos una relación más intensa entre los institutos que pertenecemos a una misma concepción de vida consagrada, para fortalecernos mutuamente en nuestra identidad. Por ejemplo, el conjunto inmenso de institutos que se desarrollaron desde finales del siglo XVII y especialmente durante el siglo XIX tienen aún una deuda con la vida consagrada (o ésta con ellos) que han de ayudarse a saldar. Me refiero a la formulación teológica de su identidad, o la explicitación del tipo de vida consagrada que iniciaron en la Iglesia. Los carismas fundacionales que están en sus orígenes promovían una vida consagrada para vivir en medio de la sociedad, no como “huida” del mundo sino como relativización de éste, con comunidades ministeriales que anuncian el Reino con su presencia de dedicación gratuita en favor de los más débiles. Ha sido una identidad sistemáticamente bloqueada en gran parte por los requerimientos canónicos que hacían tabla rasa de las aportaciones carismáticas de estas congregaciones y se empeñaban en integrarlas en estructuras y formulaciones de la vida religiosa conventual. La eclesiología actual les proporciona la gran clave para desarrollar su identidad como “comunidad para la misión” y refundar la comunidad consagrada en el nuevo ecosistema eclesial y social, porque ésa es su gran aportación, más que las tareas sociales que realizan.

- 3ª. Y naturalmente, hemos de aproximarnos mucho más entre los institutos que pertenecemos al mismo río original carismático, los que trabajamos en el mismo campo de misión desde planteamientos carismáticos próximos... Tendríamos que pasar de la clásica competencia que nos caracterizó hace algunas décadas, a una colaboración estrecha en favor de la misión común.

4. PENSANDO YA EN NUESTRA PASTORAL VOCACIONAL

El paso que se ha dado, de una Iglesia mirándose a sí misma a una Iglesia que mira a Cristo y se siente servidora del Reino de Dios, podemos verlo reflejado en la vida consagrada, o, más concretamente, en nuestros institutos religiosos, que vienen de una praxis “geocéntrica” y tienen que habituarse a otra muy diferente, a una praxis “heliocéntrica”.

- La praxis que llamamos “geocéntrica” corresponde a esa fase en que los institutos han actuado como si ellos fueran el centro de la misión. Se han sacralizado de tal modo que con mucha facilidad se hacía consistir la “vocación” en “pertenencia” a tal o cual instituto religioso. Y, en consecuencia, la pastoral vocacional desarrollada por un buen número de los institutos consistía en buscar nuevos miembros para la propia institución, en asegurar la supervivencia del instituto, en competencia con otros institutos, cada uno con su propia misión y con un carisma “propio del instituto”. Los laicos que llegaban a participar, lo hacían en la misión, la espiritualidad, el carisma... “del instituto” (de prestado, por tanto).

- A medida que las claves de la eclesiología de comunión entran en la pastoral vocacional se va afianzando la nueva propuesta programática: *vivir la misión desde la comunión*. Corresponde a una praxis que pudiéramos llamar “heliocéntrica”: Cristo y su Reino son el centro de la misión. El Espíritu es el protagonista, y sus carismas no pertenecen a los institutos sino que se sitúan en el centro de la Iglesia para ser participados por fieles de diferentes identidades. Y la pastoral vocacional no se orienta a asegurar la supervivencia del instituto, que acepta su propia contingencia, sino a proponer el compromiso con la misión y la identificación con los carismas que sirven a aquélla.

Consecuencias de este cambio:

La propuesta de una identidad vocacional ha de ser planteada en la tensión de la comunión. Buscamos primeramente aquello que nos une, y planteamos la comunión como misión en sí misma. Es decir, nuestra primera vocación es la comunión. Nuestra primera misión es formar comunidad. Y en la comunidad la misión es única, pero compartida desde diversas vocaciones.

Y es dentro de la comunión donde proponemos una identidad vocacional, la cual requiere la especificación, la valoración de los dones y las diferencias personales para enriquecer la comunión y la misión.

La propuesta de una vocación de vida consagrada debe hacerse de forma que se perciba al mismo tiempo:

- que la misión a la que se refiere es compartida por diversas vocaciones cristianas, bajo un carisma común (o carismas próximos);
- que se desarrolla en comunión con otras identidades cristianas, a las que aporta los signos proféticos propios de la vida consagrada.